



EX LIBRIS

EX LIBRIS

C O L E C C I Ó N

LOS CAUDILLOS

Dirigida por HERNÁN BRIENZA

*El caudillo supone la democracia,
es decir que no hay caudillo popular
sino donde el pueblo es soberano.*

—JUAN BAUTISTA ALBERDI

Esta colección intenta poner en valor la historia del pueblo americano y de los líderes que lo representaron.

Son narraciones individuales, pero también colectivas.

En estas páginas hablan las provincias federales.

Es la historia del país que no pudo ser.

Los autores escuchan y transcriben las voces de los derrotados, de los olvidados, de los silenciados.

De los pobres. Cuentan la vida de los caudillos.

Y, por lo tanto, narran el suceder de la malherida democracia argentina.

Max Delupi

EL MANCO PAZ

El más federal
de los unitarios

Prólogo de Hernán Brienza

COLECCIÓN
LOS CAUDILLOS

Prólogo

Una pedrada contra los vidrios de la comisaría de la Historia

EL NOMBRE DE JOSÉ MARÍA PAZ NO FUE UTILIZADO EN VANO POR quienes diseñaron la ciudad de Buenos Aires. Cuando en 1887 se decidió la construcción de una avenida parque que hiciera de circunvalación del territorio de la ciudad de Buenos Aires, recién federalizada por la Generación del 80, el nombre del general Paz daba vuelta por la cabeza de quienes decidieron “separar” el territorio federal del “resto” de las provincias, el “interior”. Recién en 1937 comenzó a realizarse la obra y en pleno peronismo clásico (1946-1955) se concluyó el semicírculo que marca la “frontera”.

Esa marca, ese límite que sirve para pensar lo que los porteños sienten como “extramuros”, lleva justamente el nombre de Paz. Y es cierto que algo de bisagra tiene su nombre. Es común el uso de frases como “más allá de la General Paz” o “Argentina termina en la General Paz”. Y alguna justificación tiene ese nombre contradictorio en esa línea de frontera. Paz es un personaje ambivalente, en diagonal, que va y viene entre Buenos Aires y las provincias, entre unitarios y federales, entre Córdoba y Montevideo, entre federales, unitarios y franceses.

En su propio nombre lleva implícita la contradicción: el

general Paz. ¿Hasta dónde el general y hasta dónde la paz? ¿Hasta dónde la guerra y hasta dónde la particularidad de su figura? ¿Hasta dónde este hombre que atravesó medio siglo de historia pertenece a la Revolución o a las guerras civiles? ¿Hasta dónde es unitario o federal? ¿O las dos cosas al mismo tiempo? ¿Un cordobés unitario? ¿Unitario del interior? ¿Un enemigo de Rosas que desprecia la ayuda de los europeos? ¿Un estratega europeo que pelea contra el caudillo más bravío como Facundo Quiroga?

Max Delupi, un cordobés irredento, eligió a Paz como caudillo de su tierra —ya vendrá la obligada y necesaria biografía de Juan Bautista Bustos que los argentinos tanto nos debemos en esta misma colección— para representar nuestras contradicciones como país. Aferrado a las fuentes, a los hechos, a las memorias, dialogando, discutiendo con esos textos, el autor, buceando en su oficio de periodista, logra un perfil de Paz meticuloso y equilibrado.

Los lectores habituales de la historia revisionista se preguntarán asomándose a la balaustrada del enojo “¿qué hace Paz en una colección de caudillos?” y “¿por qué?”. No lo sabemos a ciencia cierta. Quizás porque nos genera dudas. Porque queremos saldar algunos precipicios demasiados esquemáticos en la historiografía revisionista. Porque tampoco tenemos muy claro cuán unitarios eran Facundo Quiroga —él se definió a sí mismo de esa manera— o el propio Juan Manuel de Rosas —acusado de continuar en los hechos las políticas de los centralistas porteños—, y porque creemos que incluirlo en esta lista no nos obliga a reverenciarlo, sino, simplemente, a problematizarlo.

¿Por qué incluir al general José María Paz en una colección de caudillos? Más allá de la pura provocación, ¿por qué poner a un enemigo de los caudillos, irónicamente, como un

caudillo más? Por la sencilla razón de que muchas veces solo se combate contra uno mismo. Y tal vez porque Paz luchó del lado equivocado. Fue un unitario del interior. O un federal de las clases dominantes e ilustradas que intentaba recuperar esas provincias que él consideraba “herencias coloniales”. Porque queremos revisar nuestras concepciones y porque reivindicamos nuestro derecho a equivocarnos en esta nueva etapa de “revisión del revisionismo”.

Hay algunos puntos en la vida del mismo Paz que nos invitan a pensarlo en la clave en que Delupi lo sintoniza: “el más federal de los unitarios”. Y esto dicho a sabiendas de que “el Manco” fue siempre el más hábil enemigo de los federales. Pero a pesar de eso, quedan en su favor su participación en el motín de Arequito, de 1820, cuando, junto a su coprovinciano Juan Bautista Bustos, frenó la intentona del centralismo porteño de reprimir a las provincias litoraleñas que soñaban con una federación igualitaria, porque su intervención en las tierras mediterráneas, donde él mismo había nacido, lo hacen diferente a los doctores unitarios liderados por los rivadavianos, o porque su relación con el caudillo correntino Pedro Ferré, quien planteaba contra Rosas la necesidad de federalizar o nacionalizar seriamente la riqueza de la aduana de Buenos Aires, lo pone en un lugar de autonomía respecto del unitarismo clásico. Una última cuestión nos acerca a Paz: su negativa a vincularse de forma cómplice con los intereses del imperialismo británico o francés, aun cuando estos atacaran a su archienemigo Rosas.

Es en este Paz donde se produce la bisagra entre unitarios y federales clásicos, entre porteños y provincianos, entre ilustrados a la francesa y republicanos del interior profundo. Sin dudas, Paz, en su formación militar, en sus aptitudes como táctico y estratega, en su concepción aristocratizante

MAX DELUPI

respecto del poder de los líderes populares, es un unitario más. Sin embargo, su mirada mediterránea lo convierte en un personaje fascinante. Tan fascinante y contradictorio como la provincia que lo engendró. Max Delupi, también hijo de esas tierras, se encarga de colocar a Paz en su punto justo. Un unitario, es cierto. Pero el más federal de ellos. Y quizás, me atrevo a decir, y esto corre por cuenta propia, después de Martiniano Chilavert, el más nacional de todos ellos.

—HERNÁN BRIENZA



El “Manco” Paz, un caudillo: ¿por qué? (Unas palabras a modo de justificación)

FÉLIX LUNA, EL HOMBRE QUE CAMBIÓ LA FORMA DE DIVULGAR LA historia en la Argentina, promediando los años sesenta, como todo pionero, tuvo algunas osadías. Una de ellas fue *inventar* una revista de historia amena y coloquial. Pero su atrevimiento se multiplicó cuando decidió provocar a los posibles lectores poniendo en la tapa de su primer número a Juan Manuel de Rosas. Los dos ejemplares siguientes llevaron en la tapa a Yrigoyen y a Facundo... y en el número 6 aparece recién Sarmiento. En su primer editorial, Luna explicaba: “Contaremos la historia libremente, sin prejuicios de ninguna clase. Por eso no habrá exclusiones en nuestras páginas, ni de temas, ni de personajes, ni de épocas, ni de autores. No hay nada que no pueda ser dicho aquí, por prejuicios o reticencias”.

El historiador (y abogado) se sobreponía con inteligencia a una época política caracterizada por la censura y el pensamiento lineal, católico y ultramontano. En 1977, un nuevo momento de dictadura —mucho más feroz que el anterior—, por si quedaran dudas, aclaró: “[En 1966] el gobierno había prohibido la actividad política. Aunque esta medida fuera de

relativa eficacia, era evidente que durante un tiempo mucha gente no tendría cauces para sus preocupaciones políticas. ¿Qué era, entonces, lo más aproximado a la política? La historia”.

Para quienes no lo tienen presente, consignemos que *Todo es Historia* es, en la actualidad, la revista más longeva del país y una de las muy escasas que, orientada a temas históricos, se publica en habla castellana desde 1967, o sea, que ha perdurado por más de cinco décadas. En tiempos tan críticos y turbulentos como los que han pasado, posiblemente sea la ubicuidad de su mentor lo que le permitió sobrevivir con vientos políticos –y fuentes de financiación anexas– muy cambiantes. Pero ello no resta mérito al valor de la empresa.

El mismo Luna –junto con otros de su generación, desde ya– fue quien rescató la figura del caudillo del ostracismo académico y escolar. Los “federales” eran directamente ocultados como personajes históricos y reducidos a salvajes dictadorzuelos de escasas miras y peor cultura. Así fue que en 1971 escribió otro breviarío perturbador. Cuando los “montoneros” se convertían en una opción política que

pretendía unir el peronismo y la revolución social, Luna publicó en la editorial Peña Lillo —la misma que editó a José María “Pepe” Rosas, Arturo Jauretche, Ernesto Palacio, Rodolfo Puiggrós, Rodolfo Ortega Peña y Luis Duhalde, Jorge Abelardo Ramos, Raúl Scalabrini Ortiz, Norberto Galasso y Juan José Hernández Arregui— su libro *Los caudillos* con bellas y profundas biografías de cinco protagonistas paradigmáticos del siglo XIX: José Artigas, Francisco Ramírez, Juan Facundo Quiroga, Ángel Vicente Peñalosa y Felipe Varela. Desde entonces quedó grabada una “lista” semioficial de “caudillos” y se marcó a fuego una asociación: “caudillo” se identificó con dirigente del Partido Federal, de ideales nacionalistas, y con todos aquellos que se alzaron como pudieron defendiendo a las provincias contra el poder de los liberales porteños y su aduana incautadora de los bienes nacionales. “Caudillo” resumió entonces la idea de enfrentamiento con una burguesía comercial hija del modelo rivadaviano, artífice del centralismo y asociada e intermediaria del imperialismo británico y francés.

Y si en este comentario empiezo por mencionar a Félix Luna y no a los otros autores citados —claramente identificados con causas nacionalistas y populares, militantes convencidos de la Patria Grande latinoamericana— es porque, justamente él, viró de un radicalismo yrigoyenista de perfil claramente “antiperonista” —por no decir abiertamente gorila— a creer en el frondicismo como una instancia superadora de las antinomias que dividían dramáticamente a la sociedad de los años sesenta. Y, nobleza obliga, agreguemos que Luna, al año siguiente del secuestro y ejecución de Pedro Aramburu, se permitió dedicar ese libro “a mi mujer, nieta de montoneros, en cuyos ojos aprendí a mejor amar esta tierra nuestra y sus criaturas”.

Aceptar nuevas miradas implica una dosis de valentía y, para no repetir lo ya hecho por otros, además de investigación e innovación, impone correr algunos riesgos. Por supuesto, nada más lejos de mis intenciones que hacer una analogía que a todas luces sería desproporcionada.

Los promotores y editores de esta colección pensaron en mí como uno de los autores a convocar. Entre tantos otros personajes que podría haber elegido, sugerí escribir sobre José María Paz y mi propuesta fue aceptada. De allí que, ante la sorpresa de sumar a la lista “lógica” un unitario, se impone tratar de argumentar qué hace aquí este hombre mezclado entre enemigos políticos a los que combatió armas en mano.

En primer lugar, debo decir que me pareció una buena oportunidad de saldar una deuda. Como cordobés siempre sentí la necesidad de que propios y extraños conocieran más sobre un dirigente militar y político de envergadura que, a pesar de su filiación unitaria, mostró inequívocos perfiles que lo asociaron con “el interior”. Pero, claro, este no sería un argumento suficiente. Podría parecer un simple antojo personal y una mera ambición localista, aunque es un hecho que, después de Paz, no hubo ningún dirigente político de origen cordobés que alcanzara dimensión nacional (exceptuando de la lista, por supuesto, a los dos presidentes, ambos de escaso relieve personal: me refiero al concuñado de Roca—el “Burrito” Juárez Celman— que fue echado de la presidencia por la movilización popular y el “Jettatore” Figueroa Alcorta).

¿Exagero? Veamos. Por fuera de Juan Bautista Bustos, en la primera mitad del siglo XIX no hay otra figura de la talla de Paz. ¿El Deán Funes, acaso Mariano Fragueiro? Los cordobeses estamos huérfanos de personajes locales de relevancia política; basta ver las calles del centro de la ciudad capital. ¿Castro Barros? ¡Era riojano! Nos quedan entonces todos

de segunda línea: Miguel del Corro, Jerónimo Salguero, los hermanos Bulnes, José Javier Díaz, gente notable en su momento, pero cuyo papel en la historia nacional no los ubica en los primeros peldaños. Honra sí a Santiago Derqui, el primero en gobernar la Confederación y Buenos Aires, ya unidos como la Nación Argentina, desde la jura de la Constitución. Solo que Derqui fue... un asesor y subordinado de José María Paz. ¿Volvemos a las calles? La esquina más tradicional de “la Docta” es... Colón y General Paz y digamos, de paso, que Paz –“la” General Paz– ha servido –y no parece casual– como límite entre la capital y las provincias...

Pero hay otro aspecto que quisiera destacar. Estamos bien entrados en el siglo XXI y es hora de huir de los estereotipos que gobernaron nuestra educación, y es ese un proceso en curso. Enfrentamos a una historia liberal o “clásica” que impuso a los hombres de la historia argentina como modelos paradigmáticos a una pléyade de “constructores de la república” desde los valores liberales y positivistas. Así es como, durante muchas décadas, Rivadavia aparecía como el “primer presidente” y había luego un vacío de un cuarto de siglo hasta el segundo... Urquiza. Felizmente se ha roto ya con ese esquema cultural propio de un país dependiente. Pero no debemos caer en el mismo pecado de origen y replicarlo desde una campana simplemente opuesta, si no es, además, superadora.

La escuela liberal todavía hoy se sostiene asociando el poder concentrado en un “caudillo” con mecanismos feudales de dominio. De allí que se siga machacando erróneamente con los poderes “feudales”. Es un modo consciente de ocultar que el poder de los monopolios y el dominio de los resortes económicos y comunicacionales es aún más perverso y concentrado, aunque se lo disimule en corporaciones

y sociedad “anónimas”. La historiografía liberal condena por anticipado a los líderes de provincia, cualquiera sea su “estilo”, si no se arrodillan ante el poder del “puerto”.

Por lo menos desde mediados del siglo pasado, este esquema que dominó desde la visión liberal-positivista con Mitre, Levene y los manuales escolares, enfrentó la resistencia de la escuela revisionista. El riesgo, sin embargo, de convertir en héroes perfectos a los del bando elegido continúa y de ese modo, el modelo se sostiene, solo que cambia de personajes. Los relatos de “buenos” y “malos” no sirven si tras el encumbrar a otros “próceres” se ocultan las razones sociales, económicas, culturales y políticas de los procesos y los cambios históricos.

La realidad es más compleja. Apuntemos algunos interrogantes que fortalecen la necesidad de incluir a Paz en este listado. Planteémonos dudas, inquietudes, enriquezcamos la mirada: ¿Acaso Rosas, Quiroga y Estanislao López tuvieron una misma visión política? La correspondencia entre ellos es elocuente de las serias diferencias que tenían y de los mutuos celos que los gobernaban. Además, ¿compartieron acaso un estilo de conducción similar? Los significativos matices y las diferencias entre ellos no son de modo alguno casual. De cualquier modo, el unanimismo de tintes autoritarios que animó a Rosas y su negativa a plasmar una estructura constitucional, el “montonerismo” de Facundo y su “religión o muerte” y el estilo más cauto de López no niegan una verdad irrefutable: los tres sostuvieron a la vez al federalismo y un *discurso republicano*. Es tan así que fue López quien dio la primera constitución provincial del país.

Digamos entonces que es este un punto de acuerdo con los unitarios —y en especial con el Manco Paz— sin entrar en debates sobre la profesada fe unitaria enunciada

explícitamente por Quiroga y el “unitarismo” bonaerense ejercido a discreción por “el Restaurador”. ¿Que Paz en el gobierno insistió en que aceptaría el modelo de gobierno que la mayoría adoptara? Sí, así fue y aclaró que aceptaría el federalismo si la mayoría lo establecía, aunque él estuviera personalmente en contra. Como también hay que decir que se hizo denominar “Jefe Supremo militar” de la Liga del Interior cuando agrupó a nueve de las catorce provincias de la posterior República Argentina.

Pero hay más. El fin de los estereotipos es también el fin de los “héroes”. Y en nuestra historia mundial judeo-cristiana la asociación del caudillo es, desde tiempos idos, el del héroe a caballo. Ruy Díaz de Vivar, el Cid Campeador, es, según la estatua de las diez esquinas que hay en Caballito, en Buenos Aires, el “espíritu vivo de la raza” castellana. En la iglesia, las figuras angélicas de San Jorge y de San Ignacio de Loyola —el fundador de los jesuitas— también lucen sobre briosos corceles. ¿Y qué sería del mito fundacional de los franceses sin su Juana de Arco cabalgando? Con ese formato sustentado en fervor y en fe, en la cruz y la espada, los argentinos tenemos a nuestro immaculado y perfecto José de San Martín, libertador de medio continente, pero, a la vez, enemigo acérrimo del federalismo.

Sin duda, son todos ellos hombres singulares. Más aún, como dice el español Marcelino Menéndez y Pelayo, los caudillos configuran “una misteriosa fuerza que se confunde con la naturaleza misma”. Y sobre ellos es imprescindible que haya leyendas, historias de ficción, zonas grises. Sus dramas y pasiones deben elevarlos por sobre los hombres comunes y anónimos. Y sus hazañas deben tener sabor a irrepetibles, con algo de magia y de misterio. Otra vez, José María Paz se me aparece como irremplazable y su inclusión, indispensable.

Nos queda finalmente un tema de inclusión (o exclusión). ¿Merece figurar en esta lista Justo José de Urquiza? Sabemos que, durante una década, fue el jefe de los entrerrianos, colaborador de Rosas y líder posterior del Partido Federal. En la siguiente década enfrentó a Buenos Aires hasta que renunció a seguir ese combate y dejó el camino abierto a la asunción de Mitre como primer presidente de la república unificada. Luego dejó sin respaldo a Ángel Vicente “Chacho” Peñaloza y a Felipe Varela que lo tenían como su referente nacional. En nombre del federalismo Urquiza fue asesinado por gente de Ricardo López Jordán quien, algunos años antes, militaba en el unitarismo.

Otro caso: ¿deben considerarse caudillos al correntino Pedro Ferré, que enfrentó a Rosas —por cuestiones de aduana, pero desde una posición federalista—, y al pacífico y tolerante Nazario Benavídez que dejó ir a Sarmiento hacia Chile mientras Rosas pedía su cabeza? ¿Y Derqui y Pedernera, hombres de confianza del Manco Paz y sucesores presidenciales de Urquiza... en qué lista caen... con Paz o con Urquiza? De postre, una última: ¿Qué hacemos con la extraordinaria figura patriarcal de Martín Miguel de Güemes, primer gobernador de la Salta autónoma —todo un gesto federalista— pero que, sin embargo, prefirió no acercarse a la Liga de los Pueblos Libres liderada por José Artigas, ni dar apoyo al santiagueño Juan Francisco Borges, que murió fusilado por intentar separar la provincia de Tucumán y que, por el contrario, acordó la defensa del norte con el director “unitario” Pueyrredón? Las imágenes de Güemes y Urquiza nos hablan de caballería, de liderazgo, pero también de contradicciones y de zonas grises.

Es cierto. Paz no fue hombre de poncho y chiripá. Hay quienes dicen que, además, no era un jinete especialmente

diestro. Pero déjenme subrayar que Paz tampoco se sentía cómodo en los salones románticos de Mariquita Sánchez y Echeverría, y estuvo lejos de las bravuconadas de los Lavalle y Lamadrid, despiadadas “espadas sin cabeza”. No fue tampoco –robo palabras de Alberdi– “caudillo de la pluma” como lo fue Sarmiento y tampoco abogado de salón y escriba de gobernantes de turno, sino un hombre que eligió el campo de batalla para plasmar sus ideales, y que tuvo como pasión, como razón de vida, la construcción de una república moderna alejado de toda tentación monárquica, que tanto sedujo a muchos de sus contemporáneos.

Por eso, si según la Real Academia “caudillo” es aquella “persona que guía y manda a un grupo de personas, especialmente a un ejército o gente armada”. O si, atendiendo a la etimología, se observa que la palabra deriva del latín, *capitellium*, que significa cabeza, por lo cual, tradicionalmente “caudillo” es un término empleado para referirse a un cabecilla o líder, no me quedan dudas de que José María Paz lo fue y que eso habilita su pertenencia a esta colección.

Paz es el más enigmático de aquellos jefes militares, es con quien más preguntas quedan sin una respuesta acabada. Y es por eso que resulta poco visitado. Paz es difícil de caratular, es un hombre que, aun con convicciones sólidas, muchas veces tomó un camino diverso, propio, distinto, como resultará elocuente al recorrer las páginas que siguen. El Manco, en efecto, es un tipo *incómodo*.

Otra nota que distingue a los caudillos de distintas épocas es su épica: el favor del pueblo, por lo general, les habilita un espacio en el romancero popular. Muchos de los nuestros fueron evocados en ranchos y pulperías, y lograron sus décimas apostrofadas al son de la guitarra. Y nuestro general Paz, aunque tardíamente, mereció también un canto de

recuerdo y admiración: es el que le realizó ese gran músico y compositor que es Carlos Di Fulvio –nacido en el pequeño pueblo de Carrilobo, en el departamento de Río Segundo–, a mediados de los sesenta, cuando recién su nombre empezaba a sonar con fuerza en el folclore surgente. El *Canto Monumento a la Memoria de José María Paz* es un testimonio de que nuestro caudillo provincial anida en el alma de los cordobeses con una obra de magnífica factura, creativa y testimonial, que es, en efecto, todo un “monumento”.

Como los lectores habrán podido apreciar, no por tener asumidos algunos claros principios y valores políticos y sociales que me definen desde hace mucho tiempo, me niego a observar claroscuros y matices. Es que creo que la historia y la política son ciencias diferentes. Y descreo de las miradas unilaterales con que la lucha política suele impregnar el pasado. Si esta cercanía entre política e historia se puede comprender en hechos relativamente recientes, cuando las cuestiones están todavía “vivas”, no puede justificarse respecto de acontecimientos sucedidos hace más de ciento cincuenta años. Por otra parte, esos tumultuosos cincuenta años que van desde la Revolución de Mayo a Caseros tienen muy pocos “jefes” político-militares que la hayan recorrido de punta a punta. Y la mirada desde uno de sus protagonistas más importantes y que, además, dejó testimonio de ese paso, no puede sino enriquecer a una colección que, desde su propio recorte, viene a favorecer debates sobre nuestro pasado que tienen plena vigencia.

–MAX DELUPI
Marzo de 2018

1

El “Veterano de Mayo”

LA ACTUACIÓN PÚBLICA DEL GENERAL JOSÉ MARÍA PAZ SE desarrolló durante cuarenta y tres años, esto es, desde 1811 —cuando se incorporó al Ejército del Alto Perú— hasta su muerte, en 1854. Los primeros dieciocho años, hasta 1828, los ocupó, sobre todo, en la guerra de la Independencia y en el teatro de operaciones del Alto Perú y el norte argentino y, los últimos tiempos, en la campaña contra el imperio del Brasil. En ese período Paz no fue ajeno a las primeras reyertas internas y, junto a Juan Bautista Bustos, se destacó en el motín de Arequito que, en 1820, sublevó al ejército contra el poder central del Directorio. En una de las batallas del Alto Perú, en Venta y Media, Paz sufrirá una grave lesión en su mano derecha, que lo convertirá en “el Manco”.

Los años que van de 1829 a 1831 y luego de 1840 a 1854 —con ocho años de cárcel en el interregno— son de luchas internas para combatir al rosismo peleando por la organización republicana del país, período que incluyó dos espacios de reflexión con sendos exilios en Paraguay y Brasil. En esa época, se destacó dos veces: dirigiendo las armas correntinas y en la organización de la defensa de los sitios de Montevideo y de Buenos Aires.

En su obra *Juan Facundo Quiroga*, David Peña se pregunta: “¿Qué ha extendido más el nombre y los méritos del general Paz a su posteridad: su papel en las guerras nacionales o su participación en las luchas intestinas? Esto último. En aquellas adquirió el conocimiento de la táctica —en la que no fue superado por nadie—, desde 1810 a 1820, aplicando con tanta fortuna sus talentos militares que las cinco batallas civiles que preparó y dirigió fueron cinco éxitos completos”. Peña se refiere a los combates de La Herradura (1819), San Roque y La Tablada (ambos de 1829) y Oncativo (1830), todas en territorio cordobés. La inutilidad de su brazo derecho no le impedirá levantar dos ejércitos correntinos, con muchachos de menos de veinte años, sin caballadas y casi sin armas, y hacerlos triunfar frente a tropas veteranas y bien equipadas en Caaguazú (1841). A estas cinco “batallas civiles” cabe agregar su memorable papel en la batalla de Ituzaingó (1827) contra los imperiales brasileños y la organización de la defensa de los dos sitios mencionados. En 1842-1844 Paz dirigió la construcción de las defensas de Montevideo, que resistirán nueve años, y en 1852, a la par que fue nombrado ministro de Guerra del estado bonaerense, hará lo mismo en Buenos Aires. Paz se

convirtió así en uno de los principales militares rioplatenses: obtuvo sus grados militares —hasta coronel— en la guerra de la Independencia y, a los 36 años, fue ascendido a general en el mismo campo de batalla de Ituzaingó. Adolfo Saldías, historiador defensor de Rosas y por lo tanto nada afecto a la figura de Paz, comparó los méritos del Manco como estratega con los del general San Martín. Mitre, fundador de la historiografía argentina desde la óptica liberal, hizo lo mismo: en el centenario del nacimiento de Paz, en 1891, destacó con sabor a arenga: “Los grandes generales no solo son inmortales en la gloria, sino que siempre están vivos en el corazón y en la memoria de los soldados que los relevan de generación en generación. Su nombre guía a los ejércitos que marchan a la pelea y los acompaña en medio del fuego. Su genio inspira a los futuros generales. Su aliento está en todas las almas heroicas de un pueblo. Ellos están presentes en todos los momentos de peligro, confortando a todos, con su espíritu inmortal, y triunfan por la potencia de su genio trascendental, aun después de muerto”. Nuestra historiografía liberal se ha nutrido, lo sabemos, de panegíricos desmesurados, pero lo cierto es que, en la perspectiva mitrista, aunque fuera un escalón (o varios) por debajo, se considera que el Manco Paz podría merecer títulos, con toda justicia, similares a los de personajes tan disímiles como Alejandro Magno, Napoleón, San Martín, Julio César o Garibaldi. Reléanse sin prejuicios las líneas previas y se verá que no exageramos. Por eso, en el homenaje a los cien años de su nacimiento, en 1891, quien fuera el primer presidente de la República Argentina unificada —también creador de la imagen impoluta de San Martín—, glorificó: “El general Paz es uno de esos genios trascendentales en el orden militar y moral. Después de San Martín, que es nuestro numen guerrero, él es nuestro primer maestro.

Él es el padre de la familia militar argentina, reunida y unida a la sombra de la bandera, de la disciplina y del sacrificio modesto y deliberado”.

Sin embargo, esas glorias militares, como era consciente el mismo Paz, se produjeron en medio de las cruentas guerras civiles que costaron a un país apenas nacido —en palabras de Paz— muchos “pesares inauditos”, y por eso es notable que hasta sus propias victorias le produjeran un gusto amargo, como lo dejó apuntado en sus célebres *Memorias*, uno de los más completos documentos sobre esas álgidas cuatro décadas de la historia argentina. Paz recorre en esos manuscritos los poco más de cuarenta años que van desde la Revolución de Mayo hasta la sanción de la Constitución de 1853, etapa de construcción republicana en la que el Manco Paz, sin duda, fue uno de sus cinco protagonistas fundamentales, a la par de Juan Manuel de Rosas, Lavalle, Quiroga, López y, tal vez, alguno más que el lector elija incluir.

Conoció la gloria y la pobreza, sufrió padecimientos y sinsabores, pero mantuvo siempre una línea de conducta ejemplar en la que se destacó por su honorabilidad que, a juicio tanto de simpatizantes como de enemigos, era proverbial. A ese “veterano de Mayo” —como lo llamó el mismo Mitre a la hora de despedir sus restos— dedicamos estas páginas que se incluyen en una colección de caudillos —los demás, federales—, porque el cordobés José María Paz, aunque unitario militante, a su estilo, también lo fue. Intentaremos develar entonces la historia política y humana de un jefe militar que es, a nuestro juicio, poco reconocido por la historiografía argentina y que, en el marco de esta colección, sumará perspectivas y visiones que enriquecerán la mirada.

Índice

- 8 **Prólogo**
Una pedrada contra los vidrios de la comisaría de la Historia
- 12 **El “Manco” Paz, un caudillo: ¿por qué?**
(Unas palabras a modo de justificación)
- 22 **CAPÍTULO I**
El “Veterano de Mayo”
- 26 **CAPÍTULO II**
1810: Córdoba, en tiempos de revolución
- 26 Una sólida formación cristiana
- 28 1810, antes y después
- 31 Los hermanos Paz en la causa americana
- 32 “Siendo preciso enarbolar bandera...”
- 33 A las órdenes de Belgrano

36 **CAPÍTULO III**

Las primeras dos campañas al Alto Perú

- 36 Éxodo jujeño y bautismo de fuego en Las Piedras
- 39 La batalla de Tucumán, gloria de las armas criollas
- 42 En Salta se consolida la contraofensiva
- 46 Golpe político y Asamblea constituyente
- 47 Un cordobés en el Alto Perú
- 49 Vilcapugio y Ayohuma
- 53 Belgrano cuida las reliquias
- 54 El final de la segunda campaña

56 **CAPÍTULO IV**

La tercera campaña. De San Martín a Rondeau

- 56 Cuatro meses con San Martín
- 59 “Mamita” Rondeau, el jefe que no dirige
- 62 Venta y Media
- 64 El Manco
- 65 Sipe-Sipe: se pierde el Alto Perú
- 66 Entre Humahuaca y Sipe-Sipe
- 69 Las primaveras tristes
- 70 Las republiquetas “infernales”
- 73 Güemes, el caudillo salteño

76 **CAPÍTULO V**

Entre la Independencia y las autonomías. De gauchos y montoneros

- 76 Después de Waterloo
- 78 Güemes, las republiquetas y las autonomías provinciales
- 79 1816, Cerrillos: el Congreso en sesiones

- 80 Córdoba y el Congreso de Tucumán
- 82 El fracasado intento de Borges
- 84 Sobre la Independencia y la guerra civil
- 85 Los montoneros
- 86 Los “infernales” y la ciencia militar
- 88 La “ola federal” y la “heroica” Salta
- 88 Furia y entrega de los federales
- 91 El Ejército del Norte en la guerra civil
- 93 18 de febrero de 1819, La Herradura
- 95 Belgrano busca un avenimiento

98 **CAPÍTULO VI**

La Constitución fallida, Arequito y Cepeda

- 98 La Constitución de 1819 y una jura especial
- 100 El motín de Arequito
- 101 En la previa a un día decisivo
- 104 ¿República o monarquía?
- 106 ¿Obediencia debida?
- 108 Cepeda y un nuevo orden, el de los “caudillos”
- 110 “La masa de la población reclamaba un cambio...”
- 111 Las trece provincias... y Jujuy
- 113 “Esos bravos salteños”
- 114 Buscando caminos
- 116 1823. ¿Al servicio de Sucre y Bolívar?

118 **CAPÍTULO VII**

En el nombre de la República

- 118 En estado de alarma
- 120 ¡Al Brasil!
- 122 Disidencias en territorio oriental
- 124 Ituzaingó: el triunfo de las múltiples inspiraciones
- 126 De “fusilado” a general

- 127 Una acotación
130 Una paz traicionera

132 **CAPÍTULO VIII**

Lavalle, Rosas y Paz. Aquel año 30

- 132 El golpe “decembrista”
134 Paz, Lavalle y la “fusilación”
136 Córdoba, la espuma del país
137 Introducción a La Tablada, a las afueras de la ciudad
139 Los movimientos previos
141 La batalla decisiva: el Manco doma al Tigre
142 Pedernera y Pringles, dos hombres clave
144 “Una victoria completa”
146 Paz... ¿un caudillo?
148 El Supremo Jefe, la falta de recursos y los
“arbitrios extraordinarios”
150 La guerra civil, la guerra cruel
151 Los jefes montoneros de Paz
153 La voz de Facundo
154 La Liga del Interior y el “Supremo Jefe Militar”
156 Un tropiezo del destino

160 **CAPÍTULO IX**

Ocho años desgarradores

- 160 López, el Patriarca de la Federación
164 Encuentro con López
165 Un amante del orden (reflexiones a la sombra)
167 En “la aduana”
169 Cullen, el “intrigante”
170 López vuelve de Córdoba
171 Córdoba, “prenda” para Quiroga o López

- 172 El prisionero lee... y fabrica jaulas
174 Expulsión de Julián Paz y tormentos a delincuentes
y aborígenes
178 Casamiento en ciernes y asesinato de Facundo
180 Una boda en un calabozo
182 El tío tímido

186 **CAPÍTULO X**
En la Buenos Aires punzó

- 186 El traslado
189 La advertencia de Rosas y el paso de los Reinafé
192 Rosas no es López
193 Tres hijos en tres años
196 Una nueva pérdida
197 1839. La ciudad punzó
198 ¿Todo hombre tiene su precio?
200 Vélez, un cordobés bifronte
202 En la casona de Palermo
203 El asesinato de Maza, Lavalle en Martín García
y los Libres del Sud
205 ¿General de Rosas?
208 La riesgosa evasión

212 **CAPÍTULO XI**
Caaguazú

- 212 Desde Colonia, Paz estudia el mapa político
215 Un hombre serio, de mirada fuerte
218 “Error militar” de Lavalle
220 “Soy ciudadano”
222 Dictadura militar o economía de recursos
224 Los dos caudillajes

- 225 El acuerdo imposible con Rivera
226 Senderos que se bifurcan
227 Con Ferré, contra el monopolio porteño
231 El cruce del Paraná
233 Un movimiento táctico
234 Los últimos preparativos
236 “¡Para la patria y para vos!”
238 ¡Caballos, señor, caballos!
238 Soy cordobés (o los problemas de un provinciano)
240 El cruce de Entre Ríos... ¡y Paz gobernador!

242 **CAPÍTULO XII**

El sitio de Montevideo, los Madariaga, los exilios

- 242 Oribe y los veinte días
244 La nueva Troya
246 La defensa y la flota anglofrancesa
248 El cuarto ejército: “nacionalidad y orden”
249 La constitución de la República, un compromiso
250 Bloqueo anglofrancés y combate en Obligado
251 Urquiva vs. Paz: el combate que nunca se libró
253 “La traición de los Madariaga”
254 Paz, Artigas... y Alberdi
256 Guido, amigo de San Martín, agente de Rosas
257 “Con pesar soporto mi existencia”

262 **CAPÍTULO XIII**

Caseros y después

- 265 El viudo, el profeta
266 Los últimos servicios del General
268 La segregación de Buenos Aires
270 Una misión frustrada
271 El sitio de Buenos Aires

274 Enrolado en la “causa nacional”

276 **CAPÍTULO XIV**

De *Memorias* y biografías

277 Un sobreviviente

278 Pinta tu aldea y serás universal: la mirada literaria

279 De historiadores y críticos literarios

283 **Agradecimientos**

285 **Bibliografía**